

DeCi y BeLia

Aprendiendo y concienciando

Narraciones y cuentos.

Abogado del Ruido

**CUENTO II:**

**DeCi y BeLia**

**En:**

**“MI CASA, MI CASTILLO”**

En un minuto cambió el ánimo en la casa de DeCi. Esa misma mañana tras levantarse y hacer el loco entre los juguetes de su habitación su madre le comentó el hecho de que había recibido una llamada de Juan, su amigo y compañero de clase.

La madre de Juan había invitado a DeCi a pasar un día en su casa, por lo que debía de vestirse rápidamente pues vendría en una hora a recogerlo.

En ese instante el rostro del pequeño se iluminó mostrando la alegría en sus ojos. Tras el fuerte abrazo que dio a su madre y mientras se vestía pensó en mostrarle a Juan su habitación y sobre todo ese castillo con el que siempre jugaba y que muchas veces le había comentado a su amigo.

Una vez llegó Juan, recibéndolo en la puerta de entrada, DeCi lo cogió del brazo e hizo que le acompañara apresuradamente a su habitación. Juan entró y observó a su alrededor fijándose en el dinosaurio, el cocodrilo y en el panel multicolor que

formaban los muchos libros que ordenados estaban en las estanterías. DeCi le hizo fijar su mirada en un juguete concreto. “Mira Juan, ¿ves?. El castillo, lo tengo aquí”.

Saltando a la cama, DECI y Juan cogían los pequeños muñecos y sus accesorios, que iban desde la simple pala hasta la más larga de las lanzas, y se situaban dividiendo la superficie de colchón en dos. DECI como “propietario” eligió poner en su mitad el maravilloso castillo.

Este último estaba compuesto por piezas que imitando a la piedra configuraban una construcción central no muy elevada, rodeada de una muralla que lo hacía infranqueable por los pequeños muñecos de Juan.

Así Juan no dudó en avanzar con sus las tropas bárbaras y lanzar la totalidad de de su arsenal sobre el castillo, pero DeCi carcajada en ristre señalaba con el dedo la muralla y todo lo lanzado por Juan y que quedaba en la base de la muralla. Entre risas DeCi decía: “Juan, mi castillo es el mejor del mundo. Nunca llegarás a darle al Rey del ejercito Gortirí”.

Juan, serio y a la vez ansioso, no dejaba de lanzar con el cañón de muelle la bola de fuego hacia el castillo. Pero nada. No había forma de salvar la muralla y alcanzar al Rey, el que se escondía dentro de la construcción central.

Entrando en la habitación, la madre de Juan interrumpió el juego e insistió en que rápidamente dejaran lo que estaban haciendo y salieran delante de ella hacía la escalera. Juan, herido en su orgullo de guerrero, y DeCi cesaron la lucha y raudos salieron hacia el ascensor.

“DECI, ahora verás mis juguetes” dijo Juan mientras se abrochaba el cinturón de del asiento posterior del coche. “Sí, bien” dijo DeCi. Juan, durante los escasos nueve minutos que duró el pequeño viaje, contó a DeCi las virtudes de los maravillosos juguetes de los que iban a disfrutar jugando en su casa. DeCi, si bien afirmaba y confirmaba las bondades de los mismo, siempre hacia ver a Juan que los suyos eran mejores y que como su castillo no tendría ninguno.

Ante dicha actitud y con ánimos de superar a DeCi, Juan concluyó diciendo: “DeCi, pues que sepas que mi casa es como tu castillo”. Con esta afirmación logró que

DeCi quedará mudo y escuchando atentamente a Juan. “Ahora verás mi casa, mi castillo. Ahí está”.

DeCi incrédulo pero con mucha curiosidad miraba por una ventanilla y por la otra en busca de ese fantástico castillo, pero solo divisaba la Autovía y viviendas que junto a la misma había. Al bajar del coche y poner los pies en el suelo se mostró delante de ambos una vivienda de color granate y con un jardín en el frontal de la misma.

“¡Esto no es un castillo!”, replicó DeCi. Pero Juan le insistió: “Ahora verás DeCi”. Corriendo por el camino de piedra de la entrada Juan gritaba: “Ves, está hecha de piedra, ¡ven!”, y rodeando la construcción y pasando junto a un pequeño seto, ambos accedieron al jardín posterior de la casa. Una vez allí DeCi quedó boquiabierto. Ante ellos una enorme muralla se alzaba cinco o seis veces su altura y rodeaba toda la parte trasera de la vivienda de Juan.

Juan le dijo: “DeCi ves cómo mi casa es un castillo. Tiene una muralla tan alta como la de tu castillo”. DeCi estaba sorprendido, Juan había dicho la verdad. Delante de ellos había una muralla, que aunque no era del mismo color ni forma de la de su castillo, era muy alta.

La madre de Juan abrió la puerta de la casa y saliendo al jardín, llamó a los niños. Los tres se sentaron en la escalera.

Tras preguntarles si querían comer alguna cosa, Juan le contó, interrumpido muchas veces por DeCi con sus ilusionantes comentarios, lo del castillo de DeCi, el ejército Gortiri, los bárbaros y lo de la muralla “infranqueable” que lo rodeaba. Y concluyó diciendo: “Pero mamá, ¿a que nuestra casa también tiene una muralla y es un castillo?”. La madre queriendo complacer a su hijo y poniendo su mano sobre la cabeza del mismo, le dijo: “Claro hijo. Es un verdadero castillo lleno de juguetes que no has enseñado a DeCi aún. Y la muralla que veis es infranqueable ya que impide que lleguen hasta nosotros los flechas y bolas de ruido que lanzan las unidades motorizadas del ejército automovilístico y que desde hace unos años llegaron hasta aquí.”

Instado por su madre, Juan cogió a DeCi y lo introdujo en el castillo, donde los juegos y la diversión se adueñaron de ellos durante todo el día.